

La primera lección y el cuidado del otro

Agustín Domingo Moratalla

Profesor Titular de Ética de la Universidad de Valencia.
Miembro del Instituto E. Mounier.

Fue un domingo por la tarde. Me dirigía de nuevo a casa cuando recordé aquellos apasionados y juveniles debates. Mientras recorría los últimos kilómetros, pensé lo interesante que podía ser recordar alguna de las ideas que desde entonces se habían apoderado de mí. Ideas que siempre están presentes. Ni siquiera me piden permiso y son un poco desvergonzadas. Pero... ¡qué casualidad!, son ideas que sólo se despiertan cuando la presencia de los rostros más cotidianos de quienes me rodean se convierten en exigencias permanentes, en ruegos interminables y en miradas reclamantes.

Y no son ideas muertas, son ideas portadoras de vida, porque transportan la frágil mercancía de la sensibilidad humana, que se va acumulando sin darnos cuenta. La más permanente de todas fue la que inspiró nuestros últimos años de estudio, la que concentró los mejores momentos de nuestros debates. No sabíamos cómo encontrar las palabras adecuadas para decirlo, no sabíamos a qué razonamientos atenernos para demostrar la secreta convicción de que nuestro pensamiento no podía ser un pensamiento sobre «objetos», sino un pensamiento sobre «personas». Cuando otros compañeros se preguntaban por cosas aparentemente triviales, incluso cuando otros profesionales de la ética utiliza-

ban su tiempo en desenmarañar la estructura cerebral de los gatos para demostrarnos que los animales también tenían conciencia, nosotros estábamos convencidos de que para pensar al hombre no valen los objetos.

Por eso, aún sigo convencido de que es más importante saber «quién es el hombre», «quién soy yo», que saber «qué es el hombre» o «qué soy yo». Más que nuestra propia naturaleza, me preocupaba cómo podía cada uno sobrellevarla y, sobre todo, cómo explicar que lo humanamente más digno no se hallaba en llevar cada uno la suya. La dignidad humana no se lograba cuando uno se hacía cargo de su propia naturaleza, sino cuando tomaba conciencia de que alguien se había hecho cargo de él.

Era una secreta verdad que me costaba trabajo reconocer. A nosotros, orgullosos estudiantes a quienes no les faltaba de nada; a nosotros, insensibles ciudadanos a quienes apenas se les exigía nada; a nosotros, embriagados en el arte de construir discursos; a nosotros, precisamente a nosotros que teníamos casi todo dado, nos faltaba por descubrir que somos quienes somos porque alguien se ha responsabilizado de nosotros. Nos faltaba caer en la cuenta de que algún rostro, alguna mirada o alguna mano había estado dispuesta a arrancarnos de la naturaleza y pronunciar nues-

tro nombre. La rugosidad de su rostro, la profundidad de su mirada y el calor de su palabra habían forjado nuestra dignidad. Gracias a este alguien, gracias a su maternal desinterés, dejamos de ser un «nombre individual» para ser un «nombre personal».

Esta historia personal de cada uno —la que nos permite diferenciarnos a los seres de la misma especie humana— es la historia de las miradas, los rostros y las manos que se han ido encargando de nosotros. Por eso, cuando algunos pensadores plantean la responsabilidad como algo que se toma o se deja, que se trae o se lleva, que se asume o se evita, están demostrando saber bien poco de la verdadera responsabilidad. Antes de que yo pueda elegir, incluso antes de que pueda seleccionar entre una acción u otra, hay ya una responsabilidad previa que me ha constituido. Se trata de la proximidad del otro. Se trata de una proximidad un tanto escandalosa, porque no está prevista. No es una proximidad espacial, como la de un pariente o de un allegado. El otro está próximo en tanto que soy responsable de él.

—Pero no sólo habíamos descubierto este nuevo y verdadero modo de pensar la responsabilidad. Habíamos descubierto también lo inútil que resultaba el orgullo de quien presumía de responsabilidades. No había nada

Auguste Renoir, *En la terraza* (fragmento).

más ingenuo que creer que las responsabilidades son como los trajes o los sombreros. Descubrimos que las responsabilidades no son sólo respuestas que vamos dando, sino miradas, rostros, manos y palabras de los que nos hacemos cargo. La mirada, el rostro, la mano y la palabra del otro no son como simples golpes que llaman incesantemente a la puerta de nuestra responsabilidad.

Las miradas de los otros, los rostros de los otros, las manos de los otros, las palabras de los otros y, también, los silencios de los otros conforman la estructura molecular y básica de nuestra responsabilidad.

Algunas de estas cosas las habíamos leído en un filósofo francés que comenzaba a ponerse de moda. Se trataba de Lévinas, alguien que, además de estudiar en

la filosofía de los libros, había estudiado en la filosofía de la vida. Entre la infernal filosofía de la persecución, entre la despiadada filosofía del exilio y entre la memoria de Auschwitz, este pensador había rescatado la interpelación del otro como fundamento de la responsabilidad humana. En él habíamos descubierto un modo escandaloso, pero verdadero, de vivir las relaciones humanas.

Este pensamiento fue calando en nosotros. Cuando aún no sé muy bien qué tipo de abono intelectual era, voy teniendo claro que se estaba produciendo una siembra poco común. Estaba comenzando a descubrir que hay un punto de partida anterior a todas las filosofías. Estaba comenzando a descubrir que la estructura más simple y más básica de la responsabilidad humana no viene dada por el «vivir» humano, sino por el «desvivirse» prohumano (casi casi inhumano); un desvivirse que marca la medida en la que cada uno de nosotros responde, cuida y vigila; un desvivirse que marca la medida en la que cada uno se hace un «sujeto»; que marca la medida en la que todos y cada uno de nosotros estamos «sujetos» a los otros.

Estaba comenzando a descubrir, algunos años más tarde, una de las lecciones más importantes de toda la carrera. Aquella lección que comienza cuando cesan las historias, cuando rompes las excusas, cuando callan las palabras. Quizá por todo ello siempre ha de ser la lección primera. Quizá por todo ello siempre empieza en primera persona y con la misma expresión: heme aquí. **A**